

textos

el presente

una encuesta inesperada

Ignacio Castro Rey, Madrid 13 de diciembre, 2008

Queridos amigos,

Nada mejor para un cambio de tercio, y para despedir el año, que una pieza *personal*, aún a riesgo de aumentar el halo del narcisismo. ¿No creen? Les cuento.

Lo que sigue no está "basado" en una historia real, es una encuesta literal de Psicología a la que sometí a mis alumnos y que ellos tuvieron la osada confianza de devolverme para que yo la contestara. Después de una tarde extraña en Madrid, seguida de uno de esos anocheceres donde sentimos la vida escurrirse sin que haya sucedido nada, mi trabajo consistió principalmente en elaborar la violencia de las preguntas. El resto vino, a raíz de una contingencia, por añadidura. Tras sudar en silencio con las preguntas, una alumna encantadora dice: "Pero Castro, esto no es justo si la encuesta no la respondes tú también. Vas a leer todas las respuestas: debemos saber qué dices tú". Total, que me vi enredado en mi propia provocación. Este es el resultado, teniendo en cuenta que el reto consistía en responder sinceramente, casi a bocajarro. Es posible que, aisladas, algunas preguntas parezcan convencionales, pero el aire de "fin del mundo" que tenía el conjunto problematizó a cada una. El tono de la encuesta invitaba a responder a quemarropa, bajando las defensas habituales. Además, el profesor garantizó absolutamente -y se ha cumplido- el "secreto de confesión".

Dos o tres comentarios. Uno vive en un plano atemporal, premoderno. Un mundo profundamente "analógico" en el que la palabra es lo único que tenemos, nuestra tecnología más puntera, y en el cual no hay nada que no pueda ser dicho. El caso -perdonen que me repita- es que crecí sin ningún tipo de defensa, de "especialización", labrando directamente el misterio de lo real, atrapado por él. Todos los intentos habituales de normalizarse fueron vanos. Y fueron también desesperados, pueden creerme. Hasta que llegó un momento en que decidí que no podía dejar nada a medias, que la única esperanza residía en mantener el rumbo, llevando hasta el final los errores y aprendiendo a fracasar. Apenas sabemos nada de la vida -dicen que la muerte está para ese último giro. Uno piensa mientras tanto que la infancia no es una etapa cronológica que se pueda dejar atrás, sino una sombra, una vacilación estructural que acompaña a todas las edades, formando su vínculo secreto.

Por ende, si no se muestra una conexión con esa humilde ignorancia, con esa idiotez de cualquiera, ¿qué se puede enseñar, cómo conectar los temas -a veces muy áridos- con el tejido juvenil? Las lecciones magistrales no provocan más que bostezos. Así pues, y no precisamente para competir con los medios, cada clase puede, deber ser un pequeño estado de excepción en este mundo minuciosamente regulado. Una pequeña tribuna para experimentar el pensamiento, también para realizar un ejercicio de exposición que sirva de *cura*. Quien debe aprender, siempre, es el profesor. Si se consigue eso, el aula es el lugar más seguro del mundo; si no, un tedio infinito -y no siempre la lluvia repiquetea tras los cristales. De ahí el esfuerzo, a veces patético, para que ocurra algo. En este caso ocurrió, tanto, que después fue un poco perturbador el tono de algunas respuestas.

Después de leer mis propias respuestas, dos amigos se preocuparon, con razón, por el sentido de exponerse así, sin tapujos, a los ojos de cualquiera. Sin embargo, dado que las respuestas no eran gratuitamente obscenas, tal vez esa preocupación no comprende que el "filósofo" -casualmente nietzscheano- vive de exponerse, no tiene casi nada que ocultar e incluso comparte la esperanza de que proteja el propio desamparo. En cualquier caso, no hay nada mejor oculto que lo que está a la vista. Con la "desnudez", que ya es un logro en el planeta de la *cobertura*, lo que se consigue es que por fin sea visible el hueso enigmático de cualquier existencia.

Nos salva la confesión, poniendo la palabra al servicio de una asociación libre de lo que irrumpe. Cuanto más libre es la palabra, más se sujeta a la regla. Cuanto más nos atamos al determinismo que rodea, más se libera el sentido de la contingencia. Sin embargo, en Occidente lo normal es sobrevolar los signos de vida que envuelven. De ahí la tendencia a escapar, a fugarse, a pensar en un golpe de suerte. La ilusión del dinero pone aquí el techo de todas las mentiras: cambiarías de coche, de casa, de amigos, de trabajo, de ciudad. Con variantes estoicas, taoístas o lacanianas, en este punto la revolución *pendiente* consiste en pensar el entorno aleteando con una íntima necesidad. Esta ciudad es la mía, este trabajo, estos alumnos, estos amigos. Como decía Unamuno, no tiene sentido tener envidiar la *vida* de nadie porque el absoluto de la existencia está hecho de un sinfín de "accidentes" que no se pueden pensar desde fuera, ni abandonar.

Sólo queda salvarse aferrando la perdición, dándole forma a lo *no elegido* que irrumpe. Bajo nuestra ideología, eso es la ex-sistencia. Descuido de sí, descenso de la identidad para cuidar esa segunda existencia que siempre late debajo. Lo que nos protege es el afuera, el desierto que nos obliga a rodear el Yo y atender a la maleza que socava sus paredes. Aliviamos el sufrimiento con el método socrático de dejar que nos interroge el *daimon* de la ocasión, lo que de acontecimiento hay en la circunstancia. Encontramos el sentido al borde mismo de la mudez, a partir de la turbulencia de lo vivido. También lo impersonal, el se que vale para todos, se halla apurando la ganga de lo personal, en esa morrena de sombra que la identidad arrastra. En este caso no se desnuda "uno", se desnuda la existencia cualsea, el cualquiera que nos pilota.

Así pues, la revelación ocasional de las tres de la madrugada debe irrumpir a mitad de la mañana. ¿Hay otro reto en la enseñanza? De ahí estas preguntas, imprudentes y a la vez piadosas. ¿Generosidad? ¿Egoísmo? Sólo son nombres.

Otra cosa, la última. Disculpen el tono juvenil -que se ha pulido- de mis respuestas. Para compensar el terrorismo de las preguntas, el contexto exigía ese aire desenfadado. Y además, repito, la minoría de edad ya lo sabe todo. Sólo tiene que encontrar el lenguaje.

Una encuesta inesperada

Dedicado a Juan Carlos, Coti, Sonia, Álvaro, Sonia, Leticia, Rebeca, Ainhoa, Bryan, Ana, Javier, Gregorio, Irene y Verónica. Gracias por soportar este carácter cambiante.

1. Si la personalidad está constituida en torno a un *trauma* (Freud), ¿cuál es el tuyo, la escena o hecho traumático que crees te ha marcado?

Los mimos, su ternura. Crecer entre *siete* mujeres y carecer de hermanos varones que me presionasen, que discutiesen mi terreno. Mi padre, un santo varón de por sí bastante reservado, se inhibió demasiado, fue demasiado liberal conmigo, poco "autoritario". Con lo cual yo crecí entre nubes: soñaba continuamente porque *no podía* con el mundo real. Como no tenía, digamos, esa columna vertebral de la parcialización, la única forma de ser *alguien* entre mis amigos era ser el más bruto. En medio de una oscilación perpetua entre extremos, tuve muchos problemas con la necesidad natural del *no*, con esa dureza. Después de la adolescencia y una juventud difícil -solitaria, compleja, rebelde, demasiado intelectual-, cuando me di cuenta tenía la portería llena de goles. Por reacción, me costó un poco no convertirme en un "asesino en serie". ¿Recordáis a Nietzsche?: aún ahora tengo problemas para pasar del León al Niño...

2. Explica si te dan miedo los otros, y en qué sentido.

En general, hace tiempo –tal vez desde los 22 años- que no. Incluso, aunque parezca increíble, me producen curiosidad. De pequeño era muy tímido, me ponía de color ultravioleta a la mínima. Me daban pánico el público, las reuniones, las aglomeraciones, eso de tener que ver cien caras juntas. Aquello me marcó; tanto, que poco a poco adquirí el "descaro" de los tímidos. Finalmente tuve que hacerme osado, descarado, tan audaz como profundo era mi anterior temblor por cualquier cosa. El tímido no tiene nada que perder: de perdidos, al río. Todavía puedo ser muy tímido en ciertas circunstancias. Y como siempre me meto en camisa de once varas... en fin, no puedo ahora contar más, pero os podéis imaginar lo mejor.

3. ¿Te producen ansiedad las relaciones sexuales, te produce temor o vergüenza la intimidad física con otros?

Nunca he tenido vergüenza en las relaciones sexuales, no me da ningún pudor ni el desnudo, ni el sexo, ni las "barbaridades" que se puedan comentar sobre el particular. Pertenezco a una generación que fue sencillamente *libre* en ese punto. El sexo es fácil, el problema está en la relación. Lo cual no quita para que uno haya pasado mucha vergüenza cuando no pintaba nada en tal o cual situación "sexual" que debía haber quedado en un café cortado. Incluso la "primera vez" fui ya extremadamente desinhibido, sorprendiendo a mi novia de entonces, teóricamente más experta. ¿Ansiedad? Sí, gracias. Soy ansioso por naturaleza. Pasé la típica "fiebre" adolescente y después diversas fiebres –aún no me he recuperado de la última- cuando se juntan los factores pertinentes: situación, atractivo físico, abstinencia prolongada.

4. ¿Crees que es posible encontrar, a partir de cierta edad, una pareja estable para siempre?

Siempre me han dado envidia las parejas estables, tal vez porque el matrimonio de mis padres duró eternamente. Además, siempre –hasta ayer- he intentado ser "normal", o al menos parecerlo. Y la pareja es el sello de la normalidad, la persona que te presenta ante los otros, la que "traduce" tu rareza y te pone en el mundo. Es más, tengo amigos y enemigos que sé que han nacido para eso, para estar establemente enlazados. Me dan un disgusto cada vez que me comunican sus desavenencias o su hipotética separación. En ese caso siempre les digo, más o menos sinceramente: "¿Qué os creéis? Afuera no hay nada". De todas formas, después de unas cuantas experiencias he comprobado que la pareja no es para mí. No es que sea infiel, todo lo contrario, soy tan fiel que *las agoto*. Después de dos o tres meses, como media, ninguno de los dos quiere saber nada más del asunto. ¿Demasiada pasión? Probablemente, y sustitutiva de una relación intuida muy frágil en su raíz. A veces he pensado que padezco la ansiosa promiscuidad del "casto", del que en el fondo sabe que quiere estar solo, que tiene

que estarlo, pues está casado con la apertura del mundo y sus mil nombres. A veces he pensado: mi mayor virtud –mi independencia, mi fortaleza- es mi mayor defecto. Eso quiere decir que hoy por hoy no creo para mí en nada parecido a la “media naranja”. ¿Cómo vas a creer en la mujer de tu vida si tu vida es tan compleja que tienes varias vidas? Y por otra parte, como el sexo no me obsesiona, ya que he tenido mi dosis -y a veces la de otros- no siento la necesidad de correr detrás de nadie, de hacer cola ante ninguna estrella.

5. La soledad, ¿es una vivencia frecuente en ti, te inquieta?

Sí, la soledad es una vivencia fuerte en mí desde la infancia. He llegado a hacer de ella un lugar al que siempre vuelvo, del cual parto para retomar los temas, las personas, las situaciones de otra manera, arrancándoles esquirlas, dándoles otra oportunidad. La escritura es eso, el pensamiento es eso, la enseñanza es eso. Ya sabéis que la palabra “soledad” es particularmente ambigua, pues uno puede sentirse solo en medio de la multitud. Por un lado es el bendito cruce del que parten todos los caminos; por eso el que es muy sociable es también muy solitario, necesita su desierto. Por otro, la soledad puede ser una atormentada ausencia de mundo, de caminos, de pasos. Dios nos dosifique este veneno, que también es necesario.

6. Describe una situación típica que te produzca temor.

Tener que hacer el ridículo en público, “desdorar” mi imagen.

7. ¿Tienes terrores nocturnos? ¿Hay una pesadilla que sea recurrente en ti?

No, no suelo tener pesadillas y terrores nocturnos. Dentro de un sueño ligero, duermo bastante bien. Me acuesto agotado, procuro agotarme durante el día. En todo caso, mi filosofía es: si tienes problemas de sueño, no pienses en el sueño, no leas sobre el sueño; haz tu vida, a fondo, y el sueño vendrá, por añadidura. Y esto vale para todo, sexo y dinero incluidos. En nada vital tiene sentido “especializarse”. Pero sí, hubo una pesadilla que se repitió bastante en la infancia. Me encontraba a veces bajo una esfera gigantesca, abstracta, una sensación de impotencia que me impedía salir, moverme, respirar. Mi padre me despertó una vez que me sintió llorar bajo esa angustia. ¿El peso incipiente del mundo? Pobrecito, no sabía lo que tendría que llegar a comprender, a aceptar.

8. ¿Crees que la gente piensa con cierta frecuencia en el suicidio?

Sí, creo que la gente lo piensa y no lo dice. Es una idea bastante constante en la humanidad, un fenómeno cubierto incluso por una liturgia, una tradición. Pensar en el suicidio es, por ejemplo, una forma de “vengarnos” del mundo que no nos comprende. Después de pensar –aunque no sea muy seriamente- en ese final, todo se ajusta ante el límite de la muerte, todos tus problemas se relativizan. La idea del suicidio es una muestra de que la muerte es algo esencialmente afirmativo, la posibilidad más alta, una tarea extrema que en todo caso tenemos que *hacer*.

9. Y los mayores, ¿qué crees que te separa de ellos, cómo te sientes frente a ellos?

Ya soy “mayor”. Sin embargo, como tengo un problema patológico con el crecimiento y el hacerse mayor, como padezco una “inmadurez” congénita, puedo reconocer que tengo una relación inestable, un poco desesperada, con los mayores. Con frecuencia me parecen patéticos, falsos, escondidos. Por decirlo brevemente, creo que casi siempre han traicionado el sueño de la infancia, el que se prolonga como *suelo* de la juventud. Por eso tal vez tengo mejor relación con la juventud y la vejez, esa ancianidad

en la que se produce un regreso de la infancia, una sabiduría que está “de vuelta” de los compromisos.

10. ¿Te preocupa madurar, hacerte mayor? ¿Temes perder tu integridad, tu inocencia, tu generosidad, ese *algo* propio de la juventud?

Sí, sí, sí, sí, sí y sí.

11. Describe cuál es para ti la situación perfecta de felicidad.

Cualquiera donde pueda ocurrir algo, algún accidente que nos ponga en juego, donde alguien se tenga que arriesgar. Incluso en medio de la más tediosa situación -¡hasta en la tele!- puede ocurrir algo. En general, la seguridad me hastía y el peligro me anima. Por eso la telecomunicación me deprime y la presencia real me fascina.

12. ¿Sientes que estás haciendo tu vida o, por el contrario, sueñas con una vida *distinta*?

Algunas personas que me quieren creen que “hago lo que quiero”. Incluso a veces lo dicen con un punto de envidia. Sin embargo, yo sueño continuamente con una vida distinta, aunque momentáneamente consiga algo así en *esta vida*. Cada vez que suena el teléfono sueño con algo o alguien que va a salvarme -¿de qué?-, que va a cambiar mi vida. Y esto ocurre, curiosamente, cuando no tengo envidia de nadie y puedo decir que soy libre, cuando en el fondo estoy contento con lo que tengo y la vida que me ha tocado. ¿Una contradicción más, otra muestra de inmadurez? Vale.

13. ¿Existe algo íntimo, una idea o sueño por los cuales te sientas *diferente*, raro frente a los otros?

Sí, desde siempre. Me temo que nos pasa a todos. Yo además estoy convencido de que he sido *elegido*, aunque todavía no sepa para qué.

14. ¿Temes al fracaso, quiero decir, vives con ese temor?

Continuamente. Vivo con un continuo temor al fracaso social, profesional, personal. Incluso me escandaliza esta ausencia generalizada de “complejo de culpa” que hoy nos rodea. El temor al fracaso no me impide moverme y arriesgarme, todo lo contrario. Como le temo más al aburrimiento y a la seguridad, continuamente arriesgo lo que tengo, lo poco o mucho que he “conquistado” con tanto esfuerzo.

15. ¿Piensas en la muerte alguna vez, te obsesiona, te parece algo “natural”?

La muerte siempre es *violenta*, me parece un escándalo. Pienso tan continuamente en ella que a veces creo que es eso lo que me mantiene a salvo, lo que me libra del temor a morir, como si ya hubiera “muerto”. De joven el pensamiento de la muerte me hacía grave, reflexivo, demasiado serio. De mayor me ha hecho despreocupado, irónico, “provocador”.

16. Si ahora tuvieras que morir -no será debido a esta encuesta-, ¿qué escena crees que te gustaría *fijar* como resumen de tu vida?

Cuesta elegir, ¡son tantas! Aquella chica nicaragüense que me acarició la cabeza en el coche, delante de los amigos, un atardecer de verano en el que yo desfallecía... Son demasiadas. Sólo puedo elegir bajo

presión, por ejemplo, ésta. Esta presión y esta escena: Subo a saltos las escaleras de la casa familiar de Sandra en Canarias –mi mujer está seriamente enferma, retirada a su lugar natal con nuestra hija– mientras Laura, con cinco años, me espera arriba emocionada, nerviosa, radiante al ver que su padre sube corriendo para cogerla en brazos tras una larga ausencia.

Boadilla del Monte, 6 de noviembre de 2008.